

MECÁNICA Y DIALÉCTICA

Un elemento constante, explícito o implícito, de este breve ensayo, será la relación entre diálogo en cuanto nexos cotidiano o conversación y dialéctica. Una concepción dialógica de la realidad me parece una transposición a otro nivel de la necesidad y posibilidad social de conversar. Incluso en sus comienzos, en la dialógica platónica, el Logos no sólo tiene las características de un diálogo sino la estructura interna del proceso de dialogar. Nada tiene de fortuito, como infinidad de veces se ha dicho, que Platón —o el complejo escolar que se esconde detrás de este nombre— expresase su pensamiento en diálogos. El diálogo exige la dialéctica y la dialéctica —la dialógica— tiene su mejor expresión en el diálogo.

Parece que cualquiera que sea la interpretación que se dé a la noción de Logos platónico se concluye siempre en una entidad que se realiza en la realización de su pluralidad. No es una unidad que deviene, es una pluralidad que deviene en la unidad. El proceso de la realidad del Logos es el proceso de la multiplicidad del Logos.

Si nos atenemos a lo que ocurre en un diálogo, especialmente en un diálogo intelectual, no en una mera conversación, descubriremos características aplicables a la estructura de los sistemas dialógicos y en general a la formulación dialéctica (en el sentido platónico-hegeliano) del pensamiento.

1) El diálogo se realiza por la concurrencia de varias personas que piensan sobre un tema o discuten sobre él. El diálogo es, por consiguiente, participación en la unidad temática del mismo modo que es participación en una cierta unidad estructural o presencia. En un monólogo la participación en cuanto es pluralidad está excluida y si no está excluida es una forma peculiar del diálogo que llamamos soliloquio.

2) Las diversas personas que concurren para la realización del diálogo son protagonistas del proceso del modo más inmediato que se ofrece a la consideración. Son protagonistas del proceso afirmando y negando, de modo especial negando ya que la continuidad del proceso dialógico se asienta principalmente en el hecho de que uno de los protagonistas disienta o niegue lo que ha dicho el otro. El discurrir del diálogo es primordialmente negación. Tan principal es esta característica que toda metafísica dialógica concluye siendo “negación de la negación”, según la fórmula que para definir la divinidad dio el maestro Eckhart.

Si hubiese una concurrencia sólo afirmativa no habría diálogo en sentido dialógico, aunque la conversación conservase la estructura dialogada. Para que exista el diálogo que deviene es necesario que en la contextura del diá-

logo se dé como supuesto, y supuesto principal, negar. Los protagonistas lo son, en un diálogo, más en cuanto niegan que en cuanto afirman.

3) En tercer lugar el diálogo —y también ésta es una observación que procede de la referencia inmediata de lo más común y próximo— es apertura e integración. Es apertura en cuanto el auditor o lector no conoce con certeza lo que va a ocurrir en el proceso dialógico. Sabe que está abierto a posibles negaciones que van a concurrir ofreciendo nuevas posibilidades de investigación, disidencia o coincidencia, pero no sabe cuáles se realizarán de las posibilidades que se ofrecen.

Por otra parte las posibilidades que se realizan no rompen el diálogo, sino que lo integran porque al participar no acabamos el diálogo, lo continuamos. De tal modo que, incluso estilísticamente, concluir un diálogo intelectual escrito, deja el estado de ánimo en el lector de quien ha visto concluir una vida. El diálogo es, por consiguiente, apertura e integración en la continuidad.

4) Parece que el diálogo consiste sobre todo, dando un salto hacia cierto nivel cualitativo en el análisis, en una coincidencia de la calidad con la cantidad. El diálogo es en sí mismo dialéctica entre cantidad y calidad tendiendo a coincidir o confundirse. Los tres o cuatro personajes que están cuantitativamente interviniendo y que en mayor o menor proporción afirman o niegan, están realizando los elementos cualitativos que permiten una axiología o una epistemología en el seno mismo del diálogo por un doble nivel estimativo, el de los personajes en cuanto tales y el del lector. Los elementos cualitativos se manifiestan al menos en el diálogo intelectual, con un amplio margen de libertad respecto de los cuantitativos. En cualquier diálogo construido con cierto interés estético, la estructura y el proceso se aparecen preferentemente en los juicios que se refieren a condiciones o atributos no cuantificables.

5) Es otra característica del diálogo intelectual que el proceso de la sucesiva negación y afirmación no prediga si el diálogo tiene que acabar negativa o afirmativamente. Puede incluso ocurrir que el diálogo acabe constituyéndose como una problemática que no ha encontrado fin y por lo tanto como el discurrir de la inteligencia que, en último extremo, lo que hace es negar la posibilidad de una comprensión absoluta de determinadas soluciones y afirmar la posibilidad de nuevas hipótesis. El diálogo intelectual tiene como cualidad propia el ser una conversación en cuyo discurrir la inteligencia tiende a mostrarse a sí misma como discursivamente inacabable.

6) Por último —un por último provisional, porque se podrían sacar muchas más notas—, el diálogo es también conciencia de la inteligencia como actividad participada. Tanto en el diálogo común como en el diálogo académico la inteligencia digamos que se autopercibe, si se puede introducir esta fórmula léxica, como una actividad en común. Los demás concurren conmigo,

yo concuro con los demás en la apreciación de determinados hechos y su valoración por el proceso compartido de la afirmación y la negación.

Esto hace que la inteligencia en el diálogo predomine a veces sobre la razón si distinguimos entre razón como el supuesto superior reflexivo y la inteligencia como el ámbito en que la razón se mueve. La razón individual puede seguir una lógica interna inflexible, pero se adopta al proceso del raciocinio de los demás, la conciencia de que se está pensando en el ámbito de esta adaptación se puede llamar inteligencia, como expresa el lenguaje familiar español cuando se dice que se vive "en buena inteligencia". Este ámbito en que la razón se mueve define el diálogo intelectual como un proceso con estructura dialógica.

Aceptadas estas notas en general, es evidente que existe una relación estrecha entre el diálogo intelectual y el diálogo o conversación común de la vida cotidiana. Si es así, ambos niveles de diálogo han de estar condicionados en sus caracteres y determinados en su proceso y cantidad por la estructura social en cierto momento y situación históricos. Efectivamente hay épocas en que la estructura social provoca que la conversación se extrapole al nivel intelectual-estético del diálogo. En otros el diálogo intelectual tiende a disminuir en cantidad y se reduce a una determinada temática. Son épocas antialogantes, en el sentido de no producir diálogo intelectual escrito que exprese la peculiar estructura social que lo exige.

Esta afirmación pide, para una exposición y desarrollo adecuados, una investigación histórica cuantificada y analítica. Pero, generalizando, pertenece al conocimiento más común que existe una época dialogante griega, una época dialogante renacentista, una época dialogante romántica y transcurros amplísimos de sectores históricos en que el diálogo, aunque exista, no representa en su estructura y proceso dialógico la estructura de la convivencia del modo que llamamos dialéctico. Dialéctica consistiría en el proceso práctico de resolver las contradicciones y dialógica en la reflexión exigida por la globalidad o totalidad del proceso.

Hay ciertas épocas en que el diálogo florece porque expresa el proceso dialéctico de la convivencia y otras en que esta expresión queda obstruida al nivel de la especulación intelectual. En estas últimas admito que predominan la inteligencia y razón mecánicas conectadas de modo distinto que la inteligencia dialéctica y la razón dialéctica con la estructura económica y social, como después veremos.

Siguiendo la línea iniciada, que la convivencia en cuanto es conversación se realiza en el diálogo intelectual porque la inteligencia tiene que expresar con mayor proximidad ciertas exigencias de la estructura social, se podría concluir que cuando ésta pasa por un momento de cambio y las ideologías que la expresan tienden a satisfacer racionalmente los hechos, el diálogo intelectual aparece como resultado y por tanto la razón y la inteligencia dialécticas.

En general la conclusión parece decir que el cambio en la estratificación social medieval en el siglo XIV, en ciertas ciudades-estados de la península italiana, hubiese exigido el diálogo intelectual en cuanto el diálogo es la fórmula literaria filosófica que está más cerca y acusa mejor el sentido total de los cambios en la estructura social por las propias condiciones del diálogo en cuanto proceso dialógico y estructura dialéctica. Algo semejante podría decirse de otros periodos históricos en que se produjo el fenómeno de la "inteligencia" dialéctica.

Emplearemos, pues, la expresión inteligencia dialéctica designando el modo prevalente de entenderse por medio del proceso del diálogo intelectual, no meramente de la conversación, a la que llamó con acierto don José Ortega y Gasset profenómeno histórico. Pero la inteligencia está condicionada por un conjunto de determinantes de grupo que definen el sentido de la estructura epistemológica. Estos condicionamientos de grupo hacen que lo que llamo inteligencia dialéctica no sólo sea el ámbito de la participación y la propia participación en el proceso de la realización intelectual de algo, sino la inclusión inmediata de las estructuras de grupo. Con este añadido, inteligencia quiere decir la posibilidad social de que surja un ámbito de contradicciones a través de las cuales se construye intelectualmente la estructura procesal de un tema.

La inteligencia dialéctica, que refleja la dialéctica de la convivencia, hasta cierto punto es una extrapolación estructural que se añade al concepto general de ideología. Inteligencia es una expresión genérica que señala los supuestos o condicionamientos sociales que se añaden a la participación intelectual para definir el modo como se estructura el proceso de conocimiento y valoración incluido en la participación intelectual.

Es evidente que en la Edad Media existe el diálogo intelectual —no es menester recordar a San Anselmo o casos parecidos—, pero el diálogo intelectual rara vez pierde la condición de "disputa". Es un tema sobre el que se argumenta, no es un argumento que se va realizando. Salvo casos excepcionales, que por lo común hay que aproximar más al soliloquio que al diálogo propiamente dicho, los diálogos medievales no se refieren a la estructura de una sociedad en transformación que "conversa", sino a la propia estructura rígidamente estamental de las ciudades prerrenacentistas o a intereses internos de un grupo, como ocurre en los diálogos entre "el abad y un monje". La tradición platónica o ciceroniana yuxtapone en ocasiones el esquema formal de una plaza pública con el consiguiente encuentro de los interlocutores, pero no pasa de ser un artificio sin práctica.

El diálogo es propiamente diálogo, es decir, posee las notas que hemos descrito, cuando expresa en su proceso el proceso de la sociedad en situación de fluidez, participación, apertura y conciencia de realización en el devenir.

Se puede admitir como categoría epistemológica plausible que la apa-

rición de la inteligencia dialogante y la reflexión dialógica interrumpen o alteran el predominio de la cuantificación en cuanto instrumento para conocer. Durante un largo periodo medieval —el momento claro de despegue se inicia con Petrus Hispanus—, la lógica cuantificaba el pensamiento. El silogismo concluye por inclusión o exclusión de los conceptos “todos”, “algunos”, “unos” —es decir, por clases cuantificadas— respecto de una condición cualitativa. Expresa para decirlo en términos hegelianos —recogidos por Engels— el paso de la cantidad a la cualidad. Sustancialmente esto es la característica de la mentalidad mágica, la que corresponde al alquimista y la que —salvadas las distancias— define el *Ars Magna* de Raimundo Lulio.

La conexión del preconcepto cantidad con la mentalidad mágica diferencia el empleo de esta noción en la Edad Media respecto del pensamiento cuantificante del periodo industrial. En cualquier caso impone un método que diferencia la fórmula conceptual, que expresa la realidad, del contenido existencial de la fórmula, impidiendo la estructura dialéctica y el pensamiento dialógico propio de los periodos en que predomina la inteligencia dialogante.

El criterio cuantificador de la época industrial no es propiamente un método, es un conocimiento por la cantidad. El conocimiento por la cantidad corresponde a la inteligencia mecánica. La inteligencia dialéctica no conoce por la cantidad sino por la síntesis dialéctica de cantidad y calidad que permite el proceso y la globalidad.

En términos generales la inteligencia dialéctica busca introducir la cualidad en la cantidad, resolviendo con un lenguaje común a ambos supuestos las posibles contradicciones. Una gran parte de la cultura moderna comienza y acaba en este intento que, en última instancia, se resuelve, en los pensadores comunes, en un esfuerzo estético. Dicho en otras palabras, la inteligencia dialéctica tiende a convertirse en predominio de la cualidad.

Este proceso parece que se produce históricamente por cierta autonomía del proceso del conocimiento mecánico que impide que la cantidad pueda orientarse o manipularse por la cualidad sin destruir su “lógica interna”. No logro nada respecto de la cantidad y sus posibilidades instrumentales si digo que el número cinco es “bueno o malo”. No ocurre esto sólo con la cantidad, ninguna relación que pueda construirse como una legalidad autosuficiente es subsumible en la cualidad. Éste es un hecho experimentado, pues en el proceso histórico la “lógica” ha seguido su propio camino —igual se puede decir de la parte de la lógica que llamamos matemática— sin lograr la síntesis con la cualidad. A partir de cierto nivel la relación dialéctica se interrumpe, este nivel viene determinado por la estructura del conocimiento mecánico.

Generalizando quizás en demasía los modelos, podríamos decir que en los periodos en que predomina la inteligencia dialéctica, la pretensión psi-

cológica más clara consiste en evitar que la inteligencia mecánica, que expresa la cantidad, siga una línea propia, ajena y distinta a la inteligencia dialéctica que es ante todo predominio de la cualidad y de la conversación.

Cuando la divergencia entre el proceso mecánico y la integración dialéctica se acentúa, aparece el esfuerzo verbal, en muchos casos estético, de la inteligencia dialéctica para evitar la exclusión y aislamiento del desarrollo mecánico respecto de la inteligencia común. Precisando más, la inteligencia dialéctica aparece siempre como un esfuerzo para anular la exclusividad y la primacía de la razón mecánica.

En un momento del proceso histórico de ambas inteligencias, fue patente que la inteligencia mecánica había acabado por desarrollar el concepto de "Razón mecánica". Tal momento tiene expresión muy clara en Kant, de modo muy lúcido en las antinomias irreducibles o insolubles. No hay necesidad por otra parte de identificar mecanismo con materialismo. El modelo mecánico idealista es tan merecedor del atributo mecánico como el modelo mecánico materialista. La razón mecánica, en cuanto expresión de un modelo metafísico para explicar en oposición a la inteligencia dialéctica la realidad, se apoyaba en una lógica en cuyo fundamento estaba la noción previa o concepto admitido de cantidad.

La inteligencia dialéctica alcanza el nivel de razón dialéctica, apoyándose o partiendo de la lógica de la cualidad que, hasta cierto punto, es invención de Hegel. Para nuestro propósito basta con considerar que el punto de vista constante de Hegel, para definir la noción de cantidad, es identificarla con la noción de límite. La identidad es cualidad; la identidad sólo es posible en tanto es autolimitación; si se transponen los límites que determinan su identidad, la identidad se pierde y se produce el paso a la cantidad en una nueva cualidad. Dicho en otras palabras, en el proceso lógico de la negación, la cantidad es función de la cualidad.

La lógica de Hegel ha tenido muy poco futuro en cuanto pretende ser una ontología de la cualidad, pero al mismo tiempo ha sido el mayor esfuerzo para incluir en un sistema coherente de relaciones conceptuales la ciencia en cuanto método lógico y modelo mecánico en la inteligencia dialéctica. Parece que ha sido el mayor esfuerzo para construir una razón dialéctica que incluyese y, por consiguiente, destruyese cualquier posible razón mecánica.

Pero la lectura del enorme monumento verbal hegeliano produjo y al mismo tiempo coincidió con el desarrollo aislado de la razón mecánica. El último gran esfuerzo, con consecuencias permanentes en el ámbito académico, para sustraer al modelo mecánico la supremacía e iniciar un nuevo periodo dialógico corresponde al periodo romántico, cuya estructura social y económica exige explicaciones globales vinculadas al proceso y cambio producidos por la Revolución industrial.

Aparte de los modelos mecánicos que rigen en la metodología positivista

en general, el hecho más importante es el proceso de la ciencia en cuanto se puede expresar y verificar matemáticamente.

En su conjunto, la ciencia en cuanto un hecho cultural es un elemento del proceso dialéctico de la historia, y puede estudiarse, incluso, como parte de una ideología, pero la estructura lógico-matemática de la ciencia considerada en sí misma no transcurre dialécticamente. La lógica interna, para emplear una expresión popular, de la evolución de la ciencia no es dialéctica. En este punto me parece que tenemos pruebas suficientes. Brunschvicg divulgó el hecho de que Arquímedes había dado un método riguroso de integración, que permaneció en el olvido, por las propias perplejidades intelectuales de Arquímedes, que oscila entre el método incluido en el "tratado de la cuadratura de la parábola" y el criterio expuesto en el "prefacio al tratado del método".

Repasando las fórmulas de Arquímedes, sorprende el proceso de invención reiterativa que ha seguido la matemática, que nada tiene que ver con una evolución dialéctica interna. En física ha ocurrido algo semejante.

Hemos llegado a un momento de la progresión acumulativa de la ciencia en que es muy poco probable que quepa un nuevo triunfo dialógico que englobe el conocimiento científico en una "razón dialéctica" suficiente para las exigencias de la propia ciencia. La razón dialéctica tiene necesariamente que reducirse a la inteligencia dialéctica. La inteligencia dialéctica es posible que reaparezca, pero sin engañar a nadie. Sin pretender ser un humanismo, sino un método de expresar la convivencia política, es decir, la convivencia en la que se pretende excluir la ruptura del proceso dialógico por la subsumición de la hostilidad como elemento del diálogo, lo que la inteligencia dialéctica tomará de la razón mecánica serán sus resultados, pero no la propia razón mecánica.

Parece que nos encontramos ante cierto desnivel; por una parte hay inteligencia dialéctica, por la otra razón mecánica. Nada hay que autorice a sospechar que no haya ejemplos renovados de plenitud de la inteligencia dialéctica, pero siempre limitados en cuanto tropiezan con un "elemento fijo" que no puede subsumirse plenamente en el proceso dialógico porque "el elemento fijo" no altera las condiciones de su estructura; en el proceso o devenir del diálogo mantiene su propia e inevitable lógica interna. El "elemento fijo" es la ciencia que se construye y verifica según la estructura lógico-matemática. Fijo quiere decir que su proceso en cuanto ciencia está condicionado, en su relación dialéctica, con los demás elementos sociales, pero que su desarrollo responde a la *necesidad* y sigue un proceso *necesario*, según las inevitables exigencias de las bases físicas de la mente humana. Desde este punto de vista la inteligencia dialógica puede formular estética o metafísicamente en los momentos históricos propicios las concepciones del mundo englobantes y practicar su discusión. El modelo dialéctico se cultivará siem-

pre que las condiciones económico-sociales reclamen una síntesis ideológica. Algunos conceptos del actual modelo dialéctico son inexcusables, por ejemplo, el concepto "*praxis*", para el proceso conceptual del englobamiento. Pero es inútil pretender renovar la vieja noción de humanismo partiendo de aquí. El modelo dialéctico no produce un "humanismo" actualmente, sino la posibilidad de no quedarse detrás de los hechos, al menos en el orden de la reflexión y la conciencia.

Parece también que se perfila una inteligencia dialéctica, no una Razón dialéctica, suficiente y necesaria para la convivencia social y las concepciones del mundo y un modelo mecánico que se refiere a una Razón mecánica, cuya inclusión en el proceso dialógico lo es siempre a título de elemento fijo en cuanto que se refiere a su propia estructura y su proceso en sí mismo. La pretensión de dialectizar el orden interno de la razón mecánica interrumpe el diálogo en el sentido de darle una apariencia metafísica falsa e innecesaria.

La conceptualización más difícil está sin duda en la noción de Razón mecánica. Desde luego hay que admitir que durante bastante tiempo ha existido algo semejante a una "inteligencia mecánica", es decir, a un intento de explicar globalmente la realidad sin excluir ninguno de sus sectores, desde la descripción mecánica y legal de los fenómenos. Incluso la irracionalidad se pretendió explicar mecánicamente, es decir, por un equilibrio suficiente y ordenado de fuerzas cuantificables o por el desequilibrio correspondiente. La inteligencia mecánica ha producido el materialismo mecanicista, el determinismo y otros ensayos de metafísica construida sobre el modelo mecánico ingenuo. Pero la inteligencia mecánica no ha satisfecho nunca como posibilidad para abarcar el conjunto de lo real en una totalidad que tuviese una explicación suficiente. Permanecía siempre la dificultad de la vivencia de lo inmaterial y las connotaciones semánticas de palabras como espíritu, pensamiento, amor y otras semejantes. La inteligencia mecánica aparece como una extensión innecesaria de la Razón mecánica, pero de la propia Razón mecánica no se puede prescindir. Los modelos lógicos y matemáticos que utilizan las ciencias de mayor eficacia y crecimiento siguen siendo mecánicos en el sentido de responder a un sistema de signos o lenguaje cuya ordenación tiene una legalidad inquebrantable en cuanto a su estructura, me refiero a la legalidad lógico-matemática.

Digamos que la inteligencia dialéctica puede englobar la Razón mecánica, pero no transformarla. Existe un elemento fijo que está ahí, que no se somete al procedimiento dialéctico en cuanto se refiere a su legalidad y no se altera por la inventiva del lenguaje común, o lenguaje no legalizado matemáticamente. Parece además que la inteligencia dialéctica está de continuo readaptándose según la Razón mecánica muestra que las extrapolaciones de lenguaje son ilícitas, la divulgación falaz y las descripciones del lenguaje común ineficaces.

Parece que en el nivel de nuestro conocimiento actual, las tesis de Engels sobre una dialéctica de la naturaleza no tienen valor metodológico. Los conceptos de cantidad y calidad tienen una aplicación muy elemental y limitada en el proceso del razonamiento científico. Sin embargo, son de incuestionable utilidad en el orden de la inteligencia dialéctica, hoy incluso, para englobar el proceso científico en una explicación regida por categorías que proceden del devenir de la convivencia.

Es necesario atenerse a la tesis de Marx que, a mi juicio, Engels no supo continuar ni mantener, de aplicar la Razón mecánica dentro de las exigencias de un modelo dialéctico. En el análisis económico de la infraestructura económica de la sociedad capitalista, Marx utiliza la Razón mecánica como instrumento analítico sin intentar la explicación dialéctica de su proceso interno, aunque la utilice y explique como uno de los elementos de la reciprocidad del proceso dialéctico en general.

Esta actitud abre la posibilidad de una dialéctica flexible y constante en cuanto método y teoría de ciertos sectores del conocimiento sin rechazar la de Razón mecánica en cuanto tal. En este sentido, en el sentido marxista, la dialéctica no es una metafísica, ni una filosofía de la ciencia; menos aún una ciencia y en ningún caso un humanismo, pues el humanismo ha sido siempre, al menos tal es la experiencia histórica, un intento fallido de absorber la Razón mecánica en la inteligencia dialéctica.

En Marx, al menos en los escritos de madurez, parece claro, si bien no ocurre así en sus sucesores, que mecánica y dialéctica no son dos concepciones del mundo sino dos aspectos o modos de la realidad uno de los cuales, el dialéctico, explica el proceso histórico de la realización de la especie y el otro el desarrollo o expansión de las posibilidades de un conocimiento cuyo orden y sistema no es en sí mismo dialéctico, pero sí en cuanto su descubrimiento y resultados los condiciona el proceso histórico.

Esto justifica a nuestro juicio que una gran parte del "marxismo" sea una simplificación respecto de las ideas de Marx. Nada hay que "oponga" neopositivismo, por ejemplo, a marxismo, salvo la intención de algunos neopositivistas. En la medida en que el neopositivismo hereda y continúa la antigua Razón mecánica —medida no muy grande en muchos casos— no desdice a la concepción mecánico-dialéctica de Marx.

Quizá nuestro mayor inconveniente esté en la necesidad de emplear palabras antiguas; pero intuyendo lo que hay de viejo e inútil detrás de mecánico y dialéctico, queda claro que su remoto antagonismo nace del prejuicio de la reductibilidad, según el cual uno de los modelos debe ser sometido al otro y no hay razón ninguna para que sea así. Estaremos en un proceso dialógico constante que se adaptará, según las exigencias de la Razón mecánica, a una u otra restricción o expansión.

La idea que al principio expusimos, pierde vigencia. Según se recupera

a Marx, enturbiado por el proceso de su interpretación. La inteligencia dialógica deja de ser epocal y el diálogo filosófico me expresa unas condiciones sociales que pueden darse o no darse. La inteligencia dialógica es una constante y se produce en todos los niveles. El mundo, por decirlo a la alemana, el mundo se ha hecho en general conversación y en este sentido, en cuanto descripción con palabras, cualquier modo de expresión dialógica está implicado en la realidad.

El diálogo filosófico, como instrumento para expresar el devenir y la complejidad patentes en el cambio, no es "práctico". La práctica tiene suficiente vigor por sí misma y no necesita un modo peculiar de expresarse en cuanto proceso de la relación entre pensamiento y hechos. La inteligencia dialógica impregna al mundo y en este sentido parece incuestionable el triunfo de la inteligencia dialéctica. Pero, la inteligencia dialéctica no destruye la Razón mecánica que proporciona los modelos de interpretación y verificación más importantes, sin perder su peculiar carácter de acumulación y yuxtaposición de acuerdo con las condiciones esenciales de previsibilidad y predicibilidad.

Parece cierto, según nuestra interpretación, que Marx tenía razón y no existe incompatibilidad ninguna entre inteligencia dialéctica y Razón mecánica y que en esta compatibilidad está la clave del llamado materialismo dialéctico. Las cuestiones principales que derivan de este plantamiento se refieren, y no es tema que vayamos a tratar ahora, al concepto de revolución. Si la revolución corresponde al proceso de la inteligencia dialéctica, ¿cuál es la función revolucionaria de la Razón mecánica? ¿Hay en la propia estructura de la Razón mecánica algo que la haga por sí misma antirrevolucionaria?

ENRIQUE TIERNO GALVÁN

EX CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID